





## LA MEJOR VENGANZA

Hace algunos años, en 1839, si la memoria no me es infiel, llegaba á una preciosa aldea de Galicia, un derrotado viajero, que tanto por su misero aspecto cuanto por el cansancio y abatimiento que revelaba su persona, inspiraba la compasion de cuantos le veian.

Aquel día lo era de fiesta, y fiesta doble, pues en él debian ser unidos por el santo lazo del matrimonio los dos mas queridos y apreciados jóvenes de la localidad. Pedro, el mas rico propietario de la comarca, y Maria, la mas arrogante y honrada moza de todo el reino gallego, donde es fama que abundan estas virtudes, tanto en hembras como en varones.

Los transeuntes, que con sus mejores y mas pintorescos trages, se dirigian á la iglesia para oír la palabra divina y concurrir á la ceremonia religiosa de la boda del simpático y generoso Pedro, se detenian asombrados y compasivos ante el viajero, tratando de prodigarle consuelos por medio de frases benévolas, que pasaban desapercibidas para el forastero, por su absoluta ignorancia del dialecto gallego.

Y aquí nos parece oportuna hacer la descripcion del maleado viandante que tan principal papel ha de representar en nuestra verídica historia.

Era este un hombre como de treinta años, aunque por su aspecto derrotado y misero representaba algunos mas: de alta estatura, esbelto y arrogante, llevaba toda la barba, larga y encrespada, donde brillaban algunas canas, que se comprendía eran mas bien hijas del sufrimiento que de los años. Sus hermosos ojos negros despedían miradas altaneras y orgullosas, y su aspecto, aunque rudo y desdenoso, dejaba conocer al hombre de mundo, de modales finos y distinguidos. Vestía un largo leviton color de pasa, cuidadosamente abrochado hasta la barba, sin dejar ver el menor asomo de camisa, pantalon raído de cutil, zapatos gruesos y claveteados, ya de un uso mas que mediano, y en la cabeza lucía un viejo sombrero de castor, abollado y sucio, de ancha ala, que le resguardaba cómodamente de los rayos del sol. En la mano llevaba un gran baston de abeto, que por su grueso y por sus rugosos nudos hubiera impuesto á cualquiera que hubiera tratado de reir á sus expensas: parecia ágil y forzado, y aunque rodeado de todo un pueblo que le hablaba en un idioma completamente desconocido para él, permanecía tranquilo, recostado contra una de las paredes de la iglesia.

Quizá esta escena, animada y móvil por un lado y muda y tranquila por otro, hubiera durado largo rato, sin el sonido de una voz estentórea que gritó:

—Ahí están los novios.

Y en efecto, por lo alto de la calle principal de la aldea aparecía una comitiva, acompañada de gaita y tamboril, á la cabeza de la cual lucía la dichosa pareja, rodeada de sus parientes, es decir, de los parientes de Pedro, pues los de Maruja habian muerto hacia años.

Al pasar este grupo compuesto de los principales personajes de la aldea, por delante del forastero, no pudo por menos de hacer un alto para satisfacer la natural curiosidad que en todos despertaba; pero como quiera que ya el señor Cura esperaba á los novios revestido de sus ornamentos, hubo que apresurar el paso, entrando en la Iglesia.

Ni es del caso ni me seria fácil hacer aquí una descripcion de lo que es una boda entre los sencillos y honrados habitantes de una aldea gallega: básteos saber, lectores, que en aquellos modestos templos parece que se halla uno mas cerca del Ser Supremo y que se ora con mayor fè: así

fué que todos los habitantes de la aldea oyeron en religioso silencio la plática del señor Cura, haciendo fervientes votos por la prosperidad y bienandanza de los nuevos cónyuges. Terminada la ceremonia religiosa y cuando los esposos salian del templo, dirigiéndose gozosos á su hogar, los bellos ojos de la hermosa Maria se detuvieron de nuevo sobre el extraño forastero, que impasible seguía recostado contra la pared de la iglesia.

—Pedro mio, dijo deteniendo á su marido por el brazo, quisiera que ofrecieras á ese hombre un albergue en nuestra casa: no sé qué presentimiento extraño me ha asaltado, pero me parece que la bendicion del cielo debe caer sobre nosotros, al comenzar nuestra union con una obra tan meritoria.

Y Pedro, dejándose guiar por los impulsos de su generoso corazon y por los ruegos de su enamorada esposa, se acercó al viajero y con frases políticas y decorosas, le rogó que honrara su modesta vivienda con su presencia.

—No tengo por costumbre aceptar invitaciones de quien no conozco, dijo, pero basta que el ruego venga hecho en nombre de su esposa para que yo lo admita, durante mi breve estancia en este pueblo. Quizá los consejos de la experiencia puedan ser útiles á la juventud que hoy entra en el camino de la vida.

Y poniéndose en marcha tras los felices esposos, sin perder nada de su fiereza y de su orgulloso desden, entró en la casa, donde se preparaban grandes regocijos á usanza del país.

Dejaremos transcurrir los días siguientes á la boda, pues nada ocurrió en ellos que pueda interesar á nuestra narracion. Terminadas las fiestas y regocijos celebrados con motivo de este enlace, cada uno volvió á sus faenas y ocupaciones habituales, dejando en paz, si se me permite la frase, á los esposos, quienes saboreaban el pan de la luna de miel, en union del maltrecho viajero, que aun seguía en la aldea.

Un día que sentados á la sombra de una corpulenta encina, sesteaban los tres en sabrosa plática, exclamó Maruja dirigiéndose al forastero:

—Contadnos algo de vuestra historia: no seremos exigentes y lo que nos digais nos bastará.

Al oír estas palabras se nubló la frente del desconocido y sus ojos lanzaron una mirada recelosa y penetrante á ambos esposos; pero al ver la serenidad pintada en el rostro de los dos, se tranquilizó algun tanto y pasando la nervuda mano por su rugosa frente, exclamó:

—Bien poco importante es mi historia, querida niña, pero voy á satisfacer vuestros deseos en breves palabras.

Hijo único de padres acomodados en Castilla, crecí sin dedicarme á trabajo alguno: es mas, la idea del trabajo me mortificaba. Nada recuerdo de mi infancia sino los halagos de una madre cariñosa; pero en la edad de las pasiones, en esa edad difícil en que el hombre siente hervir en su pecho el gérmen de todos los vicios, en lucha con las virtudes inculcadas por el santo cuidado de las madres, sentí una pasión grande, vehemente, nacer en mi pecho. Amaba á una joven, le hablé de amor y fui rechazado. No podría explicar lo que por mí pasó: mi corazon, casi de niño, encerraba el odio de un hombre. Clara, que así se llamaba, estaba enamorada de otro, y debía unirse á él en breves días. Tormento cruel, lucha infinita la que se agitaba en mi ser: los celos desgarraban mi alma y habia momentos en que tenia que huir al campo para gritar y desahogar mi pecho. Recuerdo que en medio de mis terribles delirios



y en mis tristes noches de insomnio, jamás brotó una lágrima á mis ojos; quizá el llanto, fecundo rocío del alma, me hubiera salvado, pero cegado por la pasión, solo anhelaba venganza.—Llegó el día anterior á la boda: Clara se paseaba cogida del brazo de su amado. Quizá en aquel momento cruzaban sus mas puros juramentos de amor, quizá se mecían en las risueñas y doradas ilusiones del porvenir: una nube de sangre subió á mi cerebro, y sin darme cuenta de lo que hacia, instintivamente, como la fiera del desierto cae sobre su descuidada presa, salté sobre ellos, los herí con el cuchillo que siempre llevaba sobre mí, y dí á correr: corría sin saber por qué, huía del lugar del crimen, no por miedo á la muerte ni al castigo, huía horrorizado del hecho, tenía miedo y vergüenza de mí mismo.

(Continuará.)

## LA ORACION DE LA TARDE

Próximo ya á perderse en el ocaso  
derrama en tintas de oro  
su resplandor escaso,  
el bello sol, de vida y luz tesoro;  
sus rayos abandonan  
las flores, que suspiran su partida,  
las aves, que en su huida  
pretenden con su vuelo  
seguirle acaso en el tendido cielo;  
la tarde, congojada,  
por su temprano amor abandonada,  
y perseguida por su cruda suerte,  
en brazos de la noche  
corre anhelante en busca de la muerte;  
las estrellas disputan á porfía  
su reino al breve ya pasado día,  
cuando sonora y armoniosa se oye  
del lado de la Ermita,  
la campana bendita  
que á la oracion nos llama,  
y consuelo en el ánimo derrama.

—  
Qué dice con sus ecos?  
Qué dice al alma fiel que adora y cree  
la majestad de Dios?—Ora y medita!  
repite la campana de la Ermita.  
Ora y medita! los espacios huecos,  
que la oracion que sube,  
como hasta el cielo la aromosa nube  
del incienso quemado en los altares,  
las almas terrenales purifica,  
y calma sus dolores mas sentidos,  
del pecho los latidos  
sosiega, y sus pesares modifica!  
Ora! porque el que oye  
tu plegaria en el cielo  
do su Divina Magestad se asienta,  
nunca jamás desoye,  
al alma que en su duelo  
busca en su seno paternal consuelo!

—  
Medita lo que ves! tambien el eco  
de la campana dice;

meditalo y bendice  
al Supremo Hacedor que lo creára!  
Las negras tintas que la noche viste,  
sombra y misterio son, cual no pensára  
la mente humana, emblema de la vida,  
que misterios no mas y sombras vanas  
envuelven y rodean  
del alma la esperanza mas querida.  
Medita! que la muerte  
tambien se acerca cual la noche oscura,  
y tinieblas en triste sepultura  
es el destino que marcó tu suerte!  
Esas flores preciadas  
que al perder su color pierden su encanto;  
esas auras dormidas  
que estremece la alondra con su canto;  
ese rumor perdido  
de manso rio ó de apacible fuente,  
nos convidan á ver, con ansia ardiente,  
lo que la vida es, lo duradero  
de los goces que el hombre aquí disfruta.  
y escondido en su gruta,  
el ermitaño la campana agita,  
que nos repite sin cesar—¡medita!

—  
Sí: que el eco sentido  
de la campana al espirar la tarde,  
consuela el pecho herido,  
y al par que mensajero  
es de la noche triste y silenciosa,  
elévase hasta el cielo  
como plegaria pura y misteriosa.

1874.

J. M. DE SILVA.

## ECOS DEL TAJO

He de confesar que esperaba este libro: yo que conozco el modo de rimar de mi antiguo amigo Antonio Luis Carrion, confiaba en que seria una hoja mas añadida á su corona de artista.

Los *Ecos del Tajo* son flores que Carrion ha ido sembrando aquí y allí, y que hoy recoge en un librito y entrega al público coleccionadas; pero el público no pierde con esto; antes al contrario gana, y mucho, puesto que en un libro reúne algunos años de la existencia del poeta.

Antonio Luis Carrion que se ha visto lanzado en los azares de la política, no ha olvidado, sin embargo, su ocupacion favorita, y entre un discurso y un manifiesto, entre una votacion y un escrutinio, encuentra medio de rimar, hablando al alma de sus lectores.

Mucho me estendería en la crítica de este libro si Ruiz Aguilera no le hubiera hecho un prólogo, en el que está condensado mi modo de pensar: á él remito á mis lectores, pues lo que Ruiz de Aguilera ha dicho vale mucho mas que cuanto yo pueda decir.

RAOUL.



**GUIPÚZCOA**



UNA CALLE DE PASAGES

DIBUJO DEL SEÑOR OCON



## CUENTO MORAL

Habitaban en Ronda, cabeza de partido judicial.

Uno era el tío, otro el sobrino.

El tío tenía sesenta y cinco años; el sobrino treinta.

El tío estaba enfermo, el sobrino saludable y robusto.

El tío encontraba que era una desgracia encontrarse enfermo en una edad tan tierna: al sobrino le parecía escandaloso que un hombre tan caduco hiciese esperar la herencia á un joven que tenía la salud de hierro.

Un día pensó el tío:

—Es menester á toda costa que me restablezca: voy á consultar á un médico.

El sobrino se dijo:

—Es necesaric que muera; le haré ver á un médico.

Lo cual prueba que las opiniones sobre la facultad de medicina no son unánimes.

Vieron al médico, quien dijo al tío:

—V. no tiene nada; distraigase un poco.

Al sobrino por lo bajo:

—Tiene un aneurisma, la menor fatiga puede matarlo.

Aquella misma noche tenía ya el sobrino formado su plan.

El tío había preparado sus baterías.

—Tío... dijo el sobrino.

—Sobrino... dijo el tío.

—Yo le aconsejaría...

—Yo creo que me sentaría bien...

—Ir á Madrid, dijeron ambos á la vez.

—¿Qué dices?

—Digo que Madrid es una hermosa ciudad que V. no conoce, puesto que siempre ha vivido encerrado en Ronda, y donde podría distraerse.

—Justo, lo que yo pensaba. Veo que eres un buen sobrino, un excelente sobrino.

Aquella misma noche partieron; dos días después se apeaban en un magnífico Hotel de la Puerta del Sol.

El sobrino pasó toda la noche meditando en la realización de sus proyectos.

—Esto es, murmuró al romper los primeros albos de la mañana. No tendrá mas remedio que poner fin á mi impaciencia: antes de tres días ya habré heredado.

Y después con voz melosa, añadió:

—Tío mio...

—¿Qué hay?

—Está V. despierto?

—Antes no, ahora sí.

—Entonces vamos á vestirnos para visitar las curiosidades de Madrid.

—Tan temprano?

—Sí, es mucho mejor y mas sano.

—Bueno; tú me servirás de guía, puesto que conoces la localidad.

—Eso es.

—Por donde comenzaremos? preguntó el tío.

—Por los jardines del Retiro: verá V. cosa buena.

Cuando llegaron á la puerta de entrada, el tío respiraba como una marzopla.

—Jamás podré corretear todo eso, dijo el tío.

—Entonces no os vais á distraer.

—Es justo.

Y el dócil anciano emprendió la marcha.

—Es imposible que llegue á la montaña rusa sin que el aneurisma haga de las suyas... Ya toco á la herencia.

Pero ¡oh prodigio! el viejo cruzó todo el Retiro, y aun visitó el Museo Nacional de Pinturas sin embara-

razo.

Al sentarse á la mesa dijo:

—Has tenido una excelente idea. El ejercicio me ha abierto el apetito y me encuentro mucho mejor.

Aun no doraba el sol los alerosde los tejados, cuando ya el sobrino se hallaba sentado en su cama haciendo reflexiones.

—La primera prueba me ha fallado, pero la segunda dará sus resultados. Hoy es cuando heredo... Tío?

—Sobrino.

—Vamos á salir.

—Magnífica idea. A donde vamos hoy?

—Al jardín botánico, después á la armería real, al museo de artillería, al observatorio y al puente de Segovia.

—Andando.

—No llegará hasta el fin, murmuraba el sobrino sonriendo.

A las seis de la tarde se hallaban de pié sobre el viaducto. El tío erguido y fuerte; el sobrino livido como un cadáver.

—Muchacho, estás muy pálido, le dijo el tío, pero yo me siento rejuvenecido. Hoy beberemos en la comida una botella de Champagne.

Al tercer día, el sobrino que se sentía fatigado, quiso persistir en su idea y llamó al tío.

—¿Dónde vamos hoy?

—A la Casa de campo, y luego al Ministerio de Fomento, al museo de ingenieros, al naval, á la academia de pinturas y á la fábrica de tabacos.

—Vamos, te sigo.

Cuando volvieron á la Fonda se desmayó el sobrino por el cansancio, mientras el tío cantaba

No me lleves á Pol...

Al cuarto día.

Al quinto día.

Al sexto día.

El sétimo día, día de reposo, el sobrino debió dedicarlo al descanso, pero testarudo como una mula gallega, se levantó de madrugada, murmurando:

—Yo heredaré... yo heredaré, y cogiendo al tío por un brazo lo sacudió con fuerza, gritándole: ¡arriba!

—Tienes razon; el aire puro de la mañana es sano. ¿Qué vamos á visitar hoy?

—El Pardo.

Cuando llegaron al palacio, el tío, animado y contento, se volvió hacia el sobrino y le dijo:

—Tengo una idea. Ahora que gracias á tus cuidados y desvelos me encuentro restablecido por completo, he pensado casarme...

Se oyó un suspiro.

Era el sobrino, á quien una congestión cerebral acababa de matar.

Lo que prueba... etc.

SANSON.



## REVISTA DE MODAS

Madrid 5 de Setiembre de 1878.

Sr. director del MÁLAGA:

Muy señor mío: el traje corto se ha impuesto al fin, y hoy reina solo en trages de calle y paseo, dejando la cola para salones. Las señoras mayores lo llevan un poco mas largo; uno ó dos dedos por el suelo; pero el de las jóvenes deja á descubierto el pié, que sigue calzado con zapato bajo y bola de espumillon en vez de lazo. Estos trajes van cada dia mas desprovistos de adornos, hasta el extremo de ser la falda completamente lisa, y sobre ella una especie de túnica, lisa tambien, que se ciñe á la cintura con un cinturon de color, ancho de cincuenta centímetros, formando *nuance* con el traje. Las tocas se disminuyen tambien, hasta el extremo de quedar reducidas á lo mas indispensable para cubrir la cabeza, cayendo un poco sobre los hombros.

Estos trajes son sumamente airoso y dejan conocer perfectamente el contorneado de las damas, pudiendo así apreciarse la elegancia de cada una de ellas, lo cual redundará en su ventaja.

Por consecuencia de esta moda, que hace necesaria muy poca tela para un traje, y menos adornos, los vestidos de calle, son hoy de una baratura extraordinaria, lo cual permite á todas las fortunas seguir la moda con rigor.

Otra de las innovaciones que ha alcanzado gran éxito, es la túnica *Hebrea*. Se hace de seda, de cualquier color, y se usa para *casino* sobre vestido de tul blanco ó de faya color pálido. He visto usar una á la hija de los Marqueses de H... jovencita de diez y seis años, hecha de tafetan color crema muy bajo con bieses de la misma tela en azul pálido: el vestido en tul era largo, con quillas de lazos azules.

La túnica *hebreá* se asemeja á una estola; tiene escote cuadrado en el pecho y espalda, y queda abierta de arriba abajo, en ambos costados, sujetándola solo con dos lazos de cinta: la túnica sigue las ondulaciones de la cola del vestido de debajo, y tiene tambien cola, que se reúne en el centro con una tabla; esta tabla se sujeta con dos ó tres lazos colocados á convenientes distancias hasta un poco mas abajo del talle.

Para señoras mayores sigue obteniendo gran favor el paletot *basquiña*: se hace en variedad de colores, guarnecido de encages anchos, aunque huyendo los Malinas y Alençon. Se llevan sobre falda gris oscura ó negra, y el sombrero debe ir formando juego con el color del traje, que para mañana no tiene precio y es de suma elegancia.

En los vestidos sigue imperando el juego de colores, aunque siempre reducido á dos únicamente: he visto uno de fulard lila y de crespon de lana y seda, con cuadritos encarnados. La delantera está guarnecida de un plastron de crespon, que se prolonga en bies hasta concluir la falda. La delantera de este traje se termina por una franja, formada con los mismos colores del vestido. Lo acompaña una polonesa *princesa*, que termina por detrás en una banda de crespon y fulard. Esta polonesa vá guarnecida en los bordes del plastron, en las man-

gas y en el bolsillo de ojales y botones, muy pequeños; este traje admite la gola y mangas de encaje blanco y el sombrero de paja de Italia.

El traje gris vá ganando terreno rápidamente, y en cuanto se inicien los frios lo veremos estenderse mucho mas. La forma seguirá siendo *princesa*, corto y con poco vuelo, su adorno será en botones grandes de plata oxidada. Los galones bordados ya no se emplean como adornos de primera distincion, viéndose sustituidos por botones y ojales. Es muy probable que este invierno alcance gran favor el terciopelo, para solapas, vueltas de las mangas y para bolsillos, forma Luis XV.

El sombrero de paja sigue dominando durante el calor, los cuales continúan yendo adornados con arreglo al traje, pero siempre luciendo flores silvestres, como la amapola y la obepina. Segun mis noticias, una distinguida dama española, que hoy veranea en los Bajos Pirineos, usa con frecuencia uno de paja de arroz con rosas de té, de gran tamaño y diminutas *myosotis*. Es de un gusto encantador. El sombrero de crin, aun cuando algo mas costoso que el de paja se usa tambien, sobre todo en colores claros.

El gusto inglés en los peinados continúa entronándose en nuestra sociedad, á pesar de que el gusto francés se defiende con tenacidad; pero al fin, concluirá por imponerse el primero, pues las señoras se váan convenciendo que nada hay mas bello que una cabeza pequeña y poco cargada de adornos y crepé, y los hombres empiezan á fijarse en algunas señoritas que han sido de las primeras en adoptar esta revolucion del tocado.

Es cuando puedo manifestar por hoy á esas amables suscriptoras, de las que quedo afectísima y atenta servidora

ISOLINA DAIGRÉ.

## CALINO

Ya sabemos que Calino fué empleado: ¿quién no lo ha sido ó no lo es, en España? — Calino se contagió como los demás y obtuvo un destino.

Un dia se presentó en el despacho de su gefe con la cabeza baja y aire compungido.

—D. Pablo...

—Qué hay, señor Calino?

—Sr. D. Pablo, yo quisiera que me diera V. licencia para no venir mañana.

—Licencia para no venir mañana... ¿pues qué ocurre?

Calino saca una esquila de muerto de su bolsillo.

—Es que mañana entierran á mi tío Casto, y yo debo acompañar el cadáver.

El gefe pega un salto digno de Leotard.

—Caramba! esto es ya demasiado. La semana pasada me vino V. con el mismo cuento. Es que entierra usted á su tío todas las semanas?

Calino se indigna, y exclama lleno de exaltacion.

—Todas las semanas?—No, señor, esta es la segunda vez que lo entierro.

PEPIN.



El respeto que profesamos á todas las opiniones, y muy principalmente á las del distinguido amigo nuestro que se oculta bajo el seudónimo de *Manuel Romero*, nos hace admitir y publicar la siguiente carta que contestaremos en el número próximo, no haciéndolo en éste por falta de espacio.

## LAS CARRERAS DE CABALLOS

Sr. Director del MÁLAGA.—Muy Sr. mio: Aunque con pocas esperanzas de que acceda á mi peticion, porque carezco de títulos en que fundarla, me permito rogar á V. abra en las columnas de su doblemente ilustrado periódico una seccion que puede llamarse «De oposicion», y dé cabida en ella á estas mal perjeñadas líneas, con lo que quizás haga una obra meritoria á los ojos de Dios. No digo esto aludiendo á lo que valerme pueda mi artículo, porque nada he de interesarle por tan humilde trabajo; antes al contrario, yo debería ser el que pagara su bondad en complacerme: y para que comprenda lo de *obra meritoria*, me explicaré.

Cesante desde que el Sr. Cánovas del Castillo nos está rigiendo, mi vida es una série no interrumpida de disgustos y pesadumbres: soy casado, con siete años y sesenta y dos hijos, que diga, nó, al revés: mis hijos comen como sabañones y de ellos las dos mayores son niñas, bastante *cursilatas* por cierto, y aunque tienen novios, V. verá como no se casan: los cinco restantes son varones y como no pueden ir á la escuela por razones fáciles de comprender, los tengo todo el día metidos en casa, que es una bendicion. Escusado me parece añadir nuevas pinceladas ni mas tétricos colores á este ligerísimo bosquejo de mi vida, porque las consecuencias que de semejante situacion se desprenden están al alcance de todo el mundo, y no entra tampoco en mi ánimo poner á nadie al corriente de lo que sucede en el rincon de mi casa. Esta referencia la hago solo para que V., como hombre de conciencia, que yo me complazco en suponer que la tendrá, me diga si estos no son motivos bastantes para querer decir las cuatro verdades del barquero y desahogar un poco el pecho del corage que en él se va depositando con tanto y tanto berrinche. Por lo demás, V. que pertenece á la clase, sabe perfectamente que hoy para escribir no se necesita mas que audacia, y que entre escritor y escribiente, como yo he sido muchos años, solo hay algunas letras de diferencia.

Hecha y sentada esta aclaracion, entremos en materia.

La de que hoy pienso ocuparme es mas difícil de tratar de lo que parece á primera vista, porque es regla de buena oratoria atraerse desde un principio las simpatias del auditorio, y yo voy precisamente en contra de la creencia general, de la idea que domina acerca de las carreras de caballos.

Es verdad que la mayor parte de sus defensas solo ven en estas lides un espectáculo que se halla en boga en las principales poblaciones del extranjero y que cuenta con el patrocinio de las clases mas elevadas.

No negaré seguramente que, consideradas bajo ese aspecto, puedan ser defendidas por los aficionados, aunque yo por mi parte las encuentro muy inferiores á otros espectáculos; pero pregunto á V. señor director: aparte de esto ¿para qué sirven las carreras de caballos?

Ya estoy oyendo á sus defensores gritarme escandalizados: «pues, hombre, ¿cómo ignora V. que sirven para el fomento de la cria caballar, y que por tanto son utilísimas para el ejército y la agricultura?»

Vamos por partes: yo creo que las carreras de caballos no sirven para nada de eso, é intentaré demostrarlo.

En primer lugar tenemos que los caballos destinados á semejantes lides necesitan reunir condiciones especiales, que no consisten en su belleza ni en su resistencia: el ca-

ballo de mas fea estampa y peor educado en los aires, puede llegar á ser un prototipo de la raza, con tal de que adelante y resista en una carrera de un minuto ó poco mas: estas cualidades le hacen valer precios fabulosos, de tal modo que su cria constituye una industria aparte, que necesita de grandes capitales y se encuentra por lo tanto fuera del alcance de la mayor parte de nuestros ganaderos, y los que á ella se dedican, no se cuidan seguramente de sacar buenos caballos para uncirlos á un trillo, sino única y esclusivamente para las referidas diversiones hípicas.

Ahora bien: sabido es que cada caballo tiene su aplicacion particular, y que el de silla no sirve para tiro, y viceversa; pero si cualquiera otra raza puede destinarse con mas ó menos ventaja á esta última aplicacion, el caballo *pur sang*, el bello ideal de las carreras, no sirve ni poco ni mucho para el carruaje; su finura de cabos, sus nervios de acero y sobre todo, la impetuosidad de su sangre, tendrán en constante peligro á los que de él se sirvieron, y es seguro que el mismo bruto se destrozaría con semejante trabajo. Por esta misma razon no puede aplicarse al ejército, y mucho menos á ningun ramo de la agricultura, cuyas faenas, lejos de exigir una rapidez momentánea, solo necesitan una fuerza igual y uniforme. Y como sería muy raro encontrar un ginete bastante caprichoso que lo prefiriese para paseo á un hermoso potro cordobés, forzoso será convenir en que ese extraordinario capital empleado, tanto en la adquisicion de buenos sementales como en la lujosa preparacion de cuadras; todo ese aparato, todo ese esmero en la eleccion de entendidos *jockeys* y en la higiene del caballo, solo sirve para entretener un rato el ocio y que algun afortunado vencedor se embolse unos cuantos miles de duros al año.

A mi entender, para que estos premios se adjudicaran en justicia, deberían establecerse exhibiciones de caballos, sujetándolos tambien á pruebas de ligereza y resistencia, con peso montado y de tiro; sin que bastase para obtener premio en el primer caso, el adelanto de un décimo de segundo, como sucede ahora, sino que fuese preciso vencer en el trayecto de algunas leguas recorridas al paso, al trote y galope: pruebas análogas deberían hacerse con los destinados al tiro; teniendo presente en uno y otro caso, la belleza, alzada, finura y demás condiciones que hacen valer á esta clase de animales tan útiles y tan necesarios.

Solo así servirán las carreras de caballos: entónces y solo entónces podría decirse con razon que se hacia algo por el fomento de la cria caballar.

No pretendo haber tratado la cuestion con el detenimiento que merece, porque ni sería de este lugar, ni en mis cálculos entraba otra cosa que dejar apuntadas algunas ligerísimas consideraciones sobre el asunto; pero supla á esta ligereza el meditado exámen de quien se quiera tomar ese trabajo, y es seguro que no dejará de pesar en su ánimo.

Suyo, hasta otra

M. NUEL ROMERO.

## PASATIEMPO

### CHARADA.

Consonante es *segunda*,  
vocal *primera*,  
y en la armónica escala  
hallas la *tercia*:  
siendo mi TODO  
una niña graciosa  
á quien adoro.



## AUREA

NOVELA POR C.

(Continuacion)

—Sí, Eduardo, quiero creerle á V., porque tiene el alma noble y generosa. Yo siento en mí ser vivísimos deseos de amar; porque esta misma fiebre que me consume hace cada vez mas triste mi vida, y escita mi mente, lanzándola en busca de un hombre que responda á mi fantasia, y que sepa conducirme como amigo fiel y cariñoso, por este valle de penas y tormentos.

—Pues bien, le dije; acépteme V. Aurea, por ese amigo; que yo le juro amarla con la pasión purísima de los ángeles.

—Eduardo!... me dijo Aurea ruborizándose.

—Acepta V., verdad? insistí.

—Sí, me dijo con voz trémula y apenas perceptible.

—Gracias, Aurea, gracias. Cuanto la amo!

### XI

En aquel momento entró la madre. Con un gesto casi imperceptible, hice salir á la jóven para hablar con su madre: me urgía hacerla partícipe de nuestra felicidad, y como ni siquiera se me ocurría la sospecha de que pudiera oponerse á nuestros amores, me entregaba confiado á mis risueñas ilusiones.

—Señora, la digo, oígame V. un momento, pues quiero hablarle del porvenir de su hija.

Y en breves y sentidas palabras la puse al corriente de nuestra situación, impetrando su consentimiento.

Un rato grande estuvo callada, meditando su respuesta sin duda; y mientras tanto tuve el alma en un hilo, pues jamás se me habia ocurrido que tan excelente señora, que profesaba además á su hija una pasión sin límites, pudiera oponer reparo alguno á unas relaciones que el amor habia formado.

Al fin rompió su para mí prolongado silencio.

—Oígame V., Eduardo, me dijo con voz emocionada. No me opondré á esos amores, porque sé que solo conseguiría mortificarlos, y la salud de mi hija no puede exponerse á sufrir choques demasiado rudos. Así que daré por bien hecho lo que ustedes han hecho, pero permitame V. al menos que lo califique de una ligereza.

—Señora... exclamé resentido.

—No se ofenda V. amigo, si le hablo con entera franqueza. No es mi ánimo seguramente herir su amor propio, y le debo demasiadas atenciones para hacerme un placer en mortificarlo. Si he calificado su acción de ligereza, no es porque no la crea noble y generosa; todo lo contrario: sino porque me parece un poco impremeditada. Aurea sufre, y sufre de una enfermedad que no perdona á

sus víctimas, y V. ha hecho mal en ligar su existencia á la de una enferma.

—Y si mi amor la salvára? pregunté.

—Dios lo quiera, pero es muy difícil. V. amigo mio, ha obrado impulsado por un noble sentimiento, que yo agradezco con toda mi alma; pero V. no nos conoce, ni sabe quienes somos, ni cual es nuestra familia.

Sin embargo, hoy, respondiendo á sus nobles sentimientos, voy á confiarle un secreto que pensaba no arrancar nunca de mi pecho: pero su conducta de V. exige este sacrificio, y antes que esos amores sigan mas adelante, voy á contar á V. mi historia. Además, necesito un consejo y quiero que me guíe V. en este trance.

Hubo un momento de pausa en que la madre de Aurea enjugó algunas furtivas lágrimas, y poco despues comenzó diciéndo:

### XII

—Huérfana á los diez y ocho años, y sola en el mundo, pues una hermana de mi madre, única parienta que me quedaba, y en cuya casa vivia, se hallaba baldada en la cama, pasaba mi vida, gozando de una posición desahogada y tranquila, pero reduciéndome á un corto número de amistades. Jóven como era y viéndome rodeada de amigos fieles y cariñosos, no conocia las alhagüenas ambiciones del mundo; ni me preocupaba el porvenir ni temia el presente.

De noche concurría á casa de una anciana señora, cuyo nombre no hace al caso, viuda de un alto funcionario del Estado, donde pasábamos las veladas y donde conocí á Fernando de Llura, hijo primogénito de los Condes de Ruviera, quien desde el primer momento me demostró una simpatía y adhesión, que supe agradecerle con toda mi alma.

Fernando tenia el genio franco y abierto: era sumamente bromista y su carácter se adecuaba perfectamente con el mio, pues si bien yo no tenia motivos para estar alegre, su animación se comunicaba á mi genio, y formaban una especie de simpatía que nos enlazaba mutuamente.

Poco mas de un año llevaríamos en esta dulce intimidad, cuando una atroz pulmonía amenazó mi vida. Durante mi enfermedad veló por mí con maternal cuidado la señora de que he hablado ántes, á quien acompañaba muchas veces Fernando de Llura, el cual pasaba largas horas á la cabecera de mi cama. Al fin entré en convalecencia, y durante esta nueva faz de la enfermedad, faltó muchas veces la señora mencionada, hallándome sola con mi amor y Fernando.

Repuesta de un todo, me encontré con que otro mal mucho mayor se albergaba en mis entrañas: sentía en mí otro ser que tomaba vida, y pronto sería madre.

Confíe mi estado á Fernando, pidiéndole un consejo, y él me tranquilizó por completo, jurándome una y mil veces que sabría remediar como caballero el mal que habia causado.

(Continuará)